

Una experiencia más profunda

DÍA 2º: DE DENTRO HACIA FUERA

«De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios» (Juan 3: 3).

Yo era una niña bastante buena que estaba creciendo. No era rebelde con mi madre; era aplicada en la escuela y respetuosa con mis profesores. No participaba en fiestas desenfundadas, no bebía alcohol, ni experimentaba con drogas, como hacían otros jóvenes de mi instituto.

Después de hacerme cristiana, me enorgullecía de ser una buena persona. Comía los alimentos adecuados, dejé la música *rock* para escuchar música cristiana, vestía modestamente, enseñaba en la clase de escuela sabática, organizaba eventos evangelizadores y misioneros, e incluso compartía mi testimonio personal. Había entregado mi corazón a Jesús, fui bautizada, creía sinceramente en su Palabra y esperaba vivir eternamente en su reino. Todo mi mundo giraba en torno a la iglesia y sus actividades, y en torno a hacer cosas buenas. Según las apariencias externas, yo vivía una vida justa. Pronto me di cuenta, no obstante, de cuán superficial era realmente mi experiencia cristiana, y de cuánto necesitaba a Jesús.

Una tarde asistí a un seminario de mi iglesia sobre vida cristiana. La oradora dijo que a menos que una persona nazca de nuevo, no se encuentra en una relación de salvación con Cristo. Citó esta declaración de Elena White: «La vida del cristiano no es una modificación o mejora de la antigua, sino una transformación de la naturaleza. Se produce una muerte al yo y al pecado, y una vida enteramente nueva» (*El Deseado de todas las gentes*, Pacific Press, 1955, p. 143). Me impactó la cruda realidad de que hay más en la experiencia cristiana de lo que yo creía. Ciertamente, mi vida era diferente que antes de recibir a Cristo, pero solo implicaba una mejora, una modificación. No me había entregado a Cristo. Pensaba que mi salvación estaba asegurada gracias a todas las cosas que hacía, ¡pero me faltaba el *gozo* de la salvación! Había proclamado creer en Cristo, pero no tenía el *amor* de Cristo. No me había rendido a él. Necesitaba que Jesús se formara dentro de mí.

¿Cómo se rinde una persona a Cristo? Primero, es imperativo reconocer la necesidad de un Salvador; optar por él.

«La educación, la cultura, la fuerza de voluntad, el esfuerzo humano, tienen su lugar, pero no tienen poder para salvarnos. Pueden producir una corrección externa de la conducta, pero no pueden cambiar el corazón; no pueden purificar las fuentes de la vida. [...] Si [el ser humano] no recibe un corazón nuevo, nuevos deseos, designios y móviles que lo guíen a una nueva vida, “no puede ver el reino de Dios”» (*El camino a Cristo*, APIA, 2005, p. 27-28).

En segundo lugar, se ha de dedicar tiempo a conocer a Aquel que es la Vida Eterna. «Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado» (Juan 17: 3). Puede que digas: «Nací en esta iglesia. ¡Soy cristiano desde que nací!». «¡Nunca he sido parte del mundo!». «Llevo trabajando por el Maestro desde que tengo memoria». Es posible que estas cosas sean ciertas, ¡y alabado sea Dios por ello! Sin embargo, puede que tengas todo esto y todavía no tengas al Hijo.

Quizá también a ti el Espíritu Santo te haya convencido de que tu experiencia cristiana es superficial. ¿Qué puedes hacer? Puedes orar así: «Exáminame, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno» (Sal. 139: 23-24). Rinde tu corazón y tu vida a él y él revelará, una por una, áreas de tu vida que han de ser transformadas. A medida que cooperes con él, ¡ya nunca serás el mismo!

FORMATO SUGERIDO PARA EL TIEMPO DE ORACIÓN

Alabanza

- Padre, te alabamos porque nos has purificado de todo pecado e injusticia.
- Te alabamos por convencernos de pecado y otorgarnos tu misericordia.

Confesión

- Señor, por favor muéstranos las áreas de nuestras vidas en las que el yo aún sigue vivo.
- Por favor, perdónanos cuando creemos en nuestra justicia propia y somos autocomplacientes, practicando la autocompasión.

Súplica e intercesión

- Señor, por favor, concédenos el conocimiento de tu voluntad, y que podamos caminar de manera que seamos dignos de ti.
- Oramos por quienes se encuentran en prisiones espirituales y mentales para que sean liberados de su culpa.
- Oramos también por **nuestra lista de cinco o más personas**. [Nómbrense si resulta apropiado.]

Acción de gracias

- Gracias por no abandonarnos en nuestras caídas y errores pasados.
- Gracias por el don del arrepentimiento y por revelarnos nuestra necesidad de ti.